

Es necesario comer. Cuando Jesucristo resucitó á la hija del príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo, mandó le dieran de comer, para probar con esto la verdad de su resurrección: *Et jussit illi dari manducare* (Luc. c. vii, 33). El mismo Jesucristo hizo lo propio después de su resurrección, para que sus discípulos se acabasen de convencer de que había tomado, no un cuerpo fantástico, sino su propio cuerpo, el mismo que había sido enclavado en la cruz: después de haberles mostrado sus llagas, les preguntó si tenían algo que comer. Los discípulos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel: *Obtulerunt ei partem piscis assi, et favum mellis* (Luc. c. xxiv, 42). Habiendo comido en presencia de ellos, les volvió los residuos, para que no les quedase duda de que había comido: *Et cum manducasset coram eis, dedit eis reliquias* (Ibid. XLII). También debéis comer vosotros, para hacer conocer que habéis resucitado; quiero decir, debéis comulgar y comulgar bien, como lo manda la Iglesia.

Comulgemos, pues, con el mismo fervor de los discípulos que iban al castillo de Emaús, y después de haber comulgado, digámosle como ellos á Jesucristo: *Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies*. ¡Ah, Señor! no hasta que os háyamos recibido por medio de la santa comunión; dignaos de quedaros con nosotros: *mane nobiscum*: os suplicamos encarecidamente que no nos dejéis; ya se va haciendo tarde, el tiempo se pasa, nuestra vida se acaba, y estamos ya tocando el término de nuestros días: *Quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies*. ¡Oh Jesús! acompañadnos en nuestra peregrinación: *mane nobiscum, Domine*. Acompañadnos en el tiempo de nuestra vida; acompañadnos en la hora de la muerte, para que merezcamos ir á acompañaros y estar con vos por toda la eternidad. Así os lo deseo, etc.

## DIVISIONES.

**RESURRECCION ESPIRITUAL.**—Si deseamos que la resurrección de nuestros cuerpos sea una resurrección dichosa, es menester que sea precedida de la resurrección de nuestras almas.

Si queremos que la resurrección de nuestras almas sea una verdadera resurrección, es menester que sea una imágen de la resurrección de Jesucristo.

**RESURRECCION ESPIRITUAL.**—Es necesario que sea victoriosa.

Es necesario que sea ejemplar.

Es necesario que sea constante.

**RESURRECCION ESPIRITUAL.**—Cuando la Iglesia pide la resurrección espiritual de un cristiano, la pide con lágrimas.

Cuando Jesucristo resucita un cristiano á la gracia, otorga un consuelo extraordinario á la Iglesia.

**RETIRO ESPIRITUAL**; véase: **EJERCICIOS ESPIRITUALES.**

## REVELACION.

*Multifariam multisque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis, novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.*

Dios, que en otro tiempo habló á nuestros padres en diferentes ocasiones, y de muchas maneras por los Profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros días, por medio de su Hijo Jesucristo.

(HEBR. I, 1.)

Amados hermanos míos: con estos términos tan sencillos traía S. Pablo á la memoria de los judíos el grande acontecimiento de la revelación que Jesucristo acababa de manifestar con tanto brillo entre ellos, y cuya verdad atestigua el universo cristiano desde há más de diez y ocho siglos. Y no porque no haya una religión natural comun á Platon y á S. Agustín. á Sócrates y á Sto. Tomás; sino que además de eso, la revelación sobrenatural se ha hecho sentir y dado á conocer en todos tiempos, en todos los pueblos, al primer hombre, que llegó á la vida con conocimientos formados en su espíritu, con sentimientos religiosos en el corazón, con una lengua formada para expresar sus ideas; se ha hecho sentir, decimos, y dado á conocer á sus descendientes, que conservaron todos, con más ó ménos pureza, las nociones primitivas fundadas en la naturaleza de las cosas.

Nacemos nosotros con dos necesidades de instintos inseparables; necesidad de moral, y necesidad de religion. Séres libres, estamos convencidos de que existe una ley que ha de arreglar nuestra voluntad: séres capaces de inteligencia y amor, es necesario un objeto infinito á nuestro espíritu y á nuestra alma: todo hombre tiene pues el instinto del bien, el instinto de lo infinito, en una palabra, el instinto de lo divino. Ahora bien, instinto moral y religioso: hé ahí lo que hay más primordial en el hombre; lo que es anterior y superior á toda religion y á toda filosofía; lo que se constituye en alimento y fundamento de toda creencia religiosa, de toda especulacion filosófica.

Esto es comun á todos los hombres; pero, si se contentara el hombre con este instinto confuso, quedaria sumido en una infancia eterna, y no llegaría jamás á la religion. Es pues, nuestro intento, amados hermanos míos, aclarar bajo todo punto de vista la necesidad de una revelacion sobrenatural, y quitar así toda excusa á los que la vilipendian. El principio de una accion inmediata de Dios, es decir, la base y cimiento en que descansa la revelacion, es la distincion del Criador y de la criatura, de lo infinito y de lo limitado; de ahí es, que la necesidad de la revelacion dimana:

1.º De la flaqueza é impotencia nativa del espíritu humano incapaz de conocer, sin las luces de la revelacion, los misterios de Dios y los destinos del alma;

2.º De la naturaleza de los dogmas, los cuales por su objeto pertenecen á una esfera muy superior á la nuestra.

La revelacion se prueba además por el sosiego y seguridad que dá al espíritu y al corazon una creencia neta, clara, fija; y por la imposibilidad de reemplazarla con ningun sistema de los hombres, y, en fin, por la accion é influencia saludable que ejerce sobre la necesidad. Tal es el asunto y division de este discurso. Entro en materia, invocando primeramente con vosotros la intercesion de la santísima Virgen. A. M.

1. La revelacion, dicen los incrédulos, es imposible, y el hombre no debe admitir lo que no puede comprender. Pero ¿compréndese por ventura, los misterios del hombre? los misterios de la naturaleza? ¿Qué orgullo, ó por mejor decir, qué delirio creer que el hombre, que á sí mismo se es un abismo, pueda comprender, contemplar sin velo alguno los eternos orígenes del sér! Una raspa de paja, un pieccecito de yerba es para él un pozo de misterios, ¿y no los ha de haber en la esencia de Dios? ¿Cómo! esta criatura mezquina que, en el rápido intervalo que media entre el instante de su nacimiento y el de

su muerte, apenas si puede resistir á todas las causas de destruccion, á todos los elementos de exterminio que amenazan de continuo á su existencia... y esa ha de ser la mansion, ese el recinto de la ciencia absoluta!... Por do quiera encuentra limites el humano concepto: y así es que Platon encadenó siempre sus opiniones y principios á las creencias religiosas, á las tradiciones sagradas más antiguas, más profundas. Acepta esas creencias, esas tradiciones como hechos superiores á las especulaciones del espíritu, con los cuales ha de juzgarse dichosa la razon en poder ponerse de acuerdo. Schellings, en nuestros dias, ¿no se inclina y se decide ya á reconocer que la revelacion es un hecho primitivo, fundamental, soberano? Aristóteles ¿no elevó por cima de todos los hechos una filosofía primaria, primitiva, ciencia fundamental de los principios? El que tiene harta fuerza, grandeza, desprendimiento y energia, cieme las alas de su inteligencia en region superior á los sistemas de escuelas.

Ahora bien; lo que nos ha sido comunicado por otro ¿no existe acaso con la razon? Franklin, que nos ha enseñado la potencia de las puntas para atraer el rayo, ¿humilló con esto la razon humana? Y si podemos nosotros verificar este hecho, ¿cuántos otros no hay que no somos capaces de profundizar? Sin duda, hermanos míos, verdad es que aprendemos nosotros de nuestros semejantes lo que hubiéramos podido descubrir nosotros mismos; pero ¿quién habria podido alcanzar y penetrar verdades que existen en las profundidades del pensamiento divino? La plenitud de sus propiedades hace á cada uno de éstos infinitamente superior á las propiedades análogas en nosotros. A cada instante reconocemos la flaqueza de nuestro espíritu y de nuestro lenguaje. Un paisano, un campesino, ve todos los dias como va avanzándose el sol en el espacio y cumple su prodigiosa revolucion: él no puede concebir, contra el testimonio de sus propios sentidos, que ese astro quede inmóvil; ni que la tierra y él mismo se encuentren impetuosamente elevados girando en su rededor con una rapidéz imposible de concebir. Ahora bien; ¿hubiera humillacion en su razon en deferir y ceder á luces más extensas, más considerables que las suyas? Un ciego se queda confundido cuando se le cuentan las maravillas de la vision, cuando se le afirma que en un cuadro, superficie perfectamente llana, se descubren sombras, luces, profundidades, y lejos. Este efecto sobrepuja y trastorna todas sus ideas; pero ¿habria destruccion de su razon en renunciar á sus miras personales y someterse á la autoridad de la ciencia. Si, pues, el morador del campo y el ciego creen sin juzgarse humillados cuando habla la ciencia, los sábios ¿serian humillados por no poseer la ciencia divina?

Si la religion no encerrase misterios, sería obra del hombre, ó cortada á su medida.

El ingenio más elevado de la antigüedad profana, el que unia las palmas del pensamiento á los laureles de la elocuencia, ha tomado la palabra en su *Tratado de la naturaleza de los dioses*, y concluye por poner la existencia del Sér supremo entre las opiniones probables. Todas las nociones de las escuelas de Grecia y de Roma sobre la creación eran vagas, oscuras, inciertas. Ese tránsito de la nada al ser estaba desconocido á los letrados del paganismo. El dogma de la espiritualidad y el de la inmortalidad del alma estaban debilitados y minados por un sin número de dudas y reticencias. Jamás hubieran podido salir los hombres de las tinieblas, si las luces del cielo no se las hubieran ahuyentado, disipado. Y nosotros mismos, ¿podríamos sentar las más difíciles cuestiones, ni agitar los problemas más importantes, si Dios no hubiese tomado la palabra en el principio? ¿Qué nos ofrece la razon humana desde su infancia hasta Sócrates y Platon? Comparemos todas las riquezas de la filosofia antigua con las luces de la Escritura sagrada, y las nociones puras, esplendorosas, sublimes y positivas de los Padres de la Iglesia con las afirmaciones timidas, dudosas, incoherentes, contradictorias de Platon, de Aristóteles, y de los filósofos alejandrinos, todos privados de la revelacion cristiana, los unos porque la precedieron, los otros porque no la quisieron aceptar, y decidme si la revelacion no era necesaria. He querido echar mano y recordar, de intento, los dos nombres más augustos y hermosos de la filosofia pagana antigua, á fin de poner más en claro la impotencia del espíritu humano en las cuestiones más vitales. De seguro que la generacion presente no se mostraria vanidosa y engreida con sus tal cual talentos, infatuada con su nuevevita filosofia, si el sol divino no hubiese lucido sobre estos pueblos asentados á la sombra de la muerte.

2. Hemos dicho, y decimos, además, que la necesidad de la revelacion sobrenatural dimana de la naturaleza misma de los dogmas, colocados á una altura á la cual, segun la enérgica expresion de san Pablo, no hubiese podido alcanzarlos la razon. No quiere decir esto que las verdades evangélicas no hubiesen podido ser comprendidas por la razon unida naturalmente á Dios, ó iluminada con su luz, cuando estas verdades fuesen presentadas á la razon; pero si estas verdades no hubiesen sido reveladas, ¿quién hubiera podido descubrirlas? Fuera de la revelacion ¡qué espectáculo tan triste, el de los extraviados de la razon humana! ¿Qué teorías tan miserables y pobres, las de esos preceptores ó institutores de los pueblos que fundaron sistemas

de filosofia y de jurisprudencia! El terreno de sus doctrinas estaba cubierto de casquijo acareado por las inundaciones de siglos y las pasiones de los hombres, sin que producir pudiera sino los lacios arbustos, plantas estériles. Conmovidas hasta sus cimientos y arruinadas, las instituciones del politeismo no ofrecian por do quiera ninguna estancia ó mansion sólida; y si los pensadores más ilustres, figurándose edificar por toda una eternidad, lograban á duras penas hacerse endebles barracas ó cabañas donde guarecerse en la tormenta de sus dudas, les era necesario buscar nuevos puntos de apoyo, y aún volver á levantar sus albergues, que arrastraba ante sí el menor torrente que salia de madre, y se los arrancaba de cuajo la primer borrasca.

Una época, la primera, en tiempo de Pitágoras y de los Jónicos, se habia consagrado á la filosofia natural; otra segunda, bajo Aristóteles y Platon, tenia un carácter moral y humano; la tercera y última época fué, en fin, de una filosofia religiosa. Ahora bien; todos esos sistemas, que se habian dilatado y engrandecido desmesuradamente y en muy poco tiempo, declinaron rápidamente y se zambulleron en el excepticismo. Platon adornó sus escritos con una confesion llena de ingenuidad y de candor; reconoció solemnemente que el solo partido que se podia y que se debía tomar, en medio de la universal ceguera, era *esperar* que viniese alguno á instruir y enseñar á los hombres la manera como habian de cumplir con sus deberes. Esta aspiracion vehementemente hácia la verdad, despues de una larga y pacienzuda séria de trabajos inmensos de la inteligencia humana, despues de haberla confesado en medio del vigor de una rara y sublime concepcion, por un talento que honra al humano linage, esa aspiracion unida á estas circunstancias, es un testimonio, en alto grado sorprendente, de la necesidad de una revelacion sobrenatural.

Mas ¿podiera decirse, con Rousseau, que pna revelacion no debiera encerrar ninguna oscuridad? Pero ¿cómo? si hasta las ciencias ofrecen mil ejemplos de la identidad de las cosas más contradictorias! en la fisica, por ejemplo, se admite sin la menor dificultad que la luz supone tinieblas. Imaginamos una luz sin sombras; los objetos igualmente alumbrados, igualmente bañados de luz, no se distinguen ya; y ese resplandor del día igualmente uniforme, es del todo idéntico á la noche. Y así, la luz pura, la luz inmediata, la luz en sí misma, implica su contrario, la oscuridad. Y no solamente la supone, sino que la lleva consigo, la engendra; y, por otra parte, al producirla, se realiza ella misma.

Pero, si los dogmas son tan superiores á nuestra inteligencia, si es-

tán tan elevados más arriba de su esfera, es muy digno de la razón buscar los motivos que determinan á creerlos, levantar con independencia el estandarte de la investigación acerca del conjunto de las ideas y de los hechos de la religión cristiana. Y ¡cuánta no dá al alma una tradición de vida, una doctrina sólidamente sentada, una fe neta y precisa! ¿Qué es lo que ha hecho la grandeza de la raza judía sinó la ley de Moisés? Esta ha sido el manantial de vitalidad indomable ó invencible que no han podido destruir ni Babilonia, ni Grecia, ni Roma. ¿A quien debe el cristianismo su gloria? ¿á quién sus maravillosos destinos? A la revelacion, al Hijo de Dios. Hay en efecto en el corazon del hombre aún de ménos alcances, aún del hombre más ciego, algo que le hace conmovér y saltar cuando ha electrizado á su alma el fuego sagrado de la fé. ¿Llega un hombre á despojarse de sus creencias? Ya no hay para él camino alguno en las regiones intelectuales. Parece entonces el hombre á un bajel desamarrado, sin timón, sin mástil, sin remos, flotando á la ventura bajo un cielo sin estrellas, batido por las ondas, hecho juguete fatal de los vientos y tempestades. Una creencia sólida proporciona, al contrario, gozos sólidos, alegría inagotable; ella es la que funda esas torres incontrastables á cuyo redor plantan los hombres sus banderas. Cualquiera que sea el abatimiento, dolor ó desconuelo que les abrumen, nada es capaz de cansar su paciencia, ni de quebrantar su valor. La conciencia, la conviccion de ser, por medio de la recta direccion de la voluntad, lo que el órden quiere que seamos; la dulzura inefable de una mútua conmiseracion y misericordia, de una hermandad socorrida y socorredora, los afectos puros, el descanso despues del trabajo y cansancio, sencillos placeres exentos de disgustos y de recuerdos amargos; hasta las penas mismas aceptadas como una prenda, como una garantia de una felicidad que ha de seguir las y coronarlas, de una mejor vida á la que llevan en sus etéreas alas la fé, la esperanza, el deseo al alma suelta de los lazos y prisiones que la encarcelan en la tierra; todo eso son frutos de la sumision á Dios y de la práctica de la ley santa.

Hasta el pèrvido filósofo de Ferney decia, en uno de aquellos momentos en que se acordaba que era filósofo y cristiano: para que una religion sea verdadera es necesario que sea revelada. Ahora bien; ó no hay lazo alguno ó vínculo que estreche y ligue á los hombres entre si y con el cielo, ó el cristianismo, religion de amor y de caridad, es el verdadero lazo sagrado. Y su historia no es otra cosa que la historia misma del desarrollo de nuestra sociedad civil. El cristianismo ha ayudado poderosamente á los pueblos á levantarse de grado

en grado hasta la plenitud de sus derechos civiles, hasta la participacion de los derechos políticos, revolucion inmensa que ha hecho desaparecer sucesivamente del suelo en que vivimos, todas las desigualdades violentas ó ilegítimas, para mostrar en fin en lugar de ellas un mismo pueblo, una ley igual para todos, una congregacion libre y soberana. Las artes, las letras; los elementos de órden que aseguran la paz de los Estados son obra del Evangelio. El ha atacado la esclavitud en su principio, ha desarollado el sentido moral y ha organizado la sociedad. Con el cristianismo todo es estable, todo está floreciente; sin él, tiene el mundo sobre su pecho un peso sofocante, y cadenas en sus brazos. ¿Cuál fuera lo porvenir si estuviese privado el mundo del astro del cristianismo? ¿En qué pararian los sentimientos del alma, si no se viesen excitados, removidos por el presentimiento de lo que todavía no es, de lo que está por venir? Supongamos cualquier falso nubarron pronto á rasgarse á donde se vaya á subir la fé y transfigurarse. Desde ese momento los siglos pasados, su genio, su gloria se vieran arrollados por las tinieblas.

Voy á resumirme, amados oyentes. La revelacion es una realidad; ningun sistema pudiera reemplazar á una religion tan hermosa, tan sentimental, tan filosófica, tan encantadora por su noble armonia. Ella se armoniza con la justicia, con la pureza, con la dignidad de las costumbres, con la nobleza del pensamiento; de ella surgen rios inagotables de vida y saber, que el pensamiento admira tanto más, cuanto que más los contempla. Un célebre profesor ha reconocido que todo lo que existe legítimamente y por siglos, existe desde luego en germen y va desarrollándose y ensanchándose sucesiva y progresivamente: que la revelacion ha dado lugar, desde luego, á la intuicion, á misterios; después á misterios más claros, á dogmas más explícitos; que ha comenzado, en un principio, por formar una religion sencilla, ingénuo, enteramente práctica, esencialmente poética; en seguida, se ha manifestado más séria, más profunda: y que ha entrado hoy día en todos los espíritus que piden, ansian, y suspiran por una demostracion racional y evidente. Así es que la revelacion se desarollando gradualmente: avanzaba desde luego bajo la inmediata inspeccion del día, fué pasando de la forma patriarcal á la forma del pueblo, y de ésta á la forma universal ó católica, y se prolongará así hasta la realizacion completa de la ley evangélica en el universo presente. Sostenerla, fortalecerla con el concurso efectivo en la defensa y desarollo de los principios que son los suyos, es asociarse á la gloria de sus combates, y tomar parte en el triunfo de las verdades de que es órgano infalible. De la doctrina y mandamientos divinos de la

religion cristiana está escrito: *Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt.* El cumplimiento de sus principios, la ejecución de sus mandamientos, coronará nuestras obras, haciéndonos venturosos en la tierra, y eternamente felices en el cielo. Amen.

## PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Siendo toda la sagrada Escritura un complejo de verdades, que los hombres nunca habrían conocido sino por medio de la revelación, nos remitimos al contexto, modo y naturaleza de las mismas, para demostrar, que la revelación es el hecho más auténtico y culminante, que ha venido observándose en el género humano desde su creación. Las siguientes autoridades de los santos Padres, filósofos é incrédulos manifiestan la necesidad, la utilidad y realidad de la revelación.

## PASAJES Ó SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

*Quid igitur causa est, cur non solum inter se, sed etiam secum pugnant, qui apud nos habitant sapientes? Nimirum quod à peritis discere noluerint, sed sese existimaverint mentis humanae solertia claræ celestium rerum cognitionem assequi posse, cum ne terrestrium quidem potuerint.* S. Justin. Cohort. ad Græc. 8.

*Et non est mirum si in spiritalibus et celestibus, et in his quæ habent revelari, hoc patimur nos; quandoquidem eorum, quæ ante pedes sunt (dico autem quæ sunt in hac creatura, quæ et contractantur à nobis, et videntur, et sunt nobiscum) nulla fugiunt nostram scientiam, et Deo ipsi*

¿Por qué motivo los que vosotros tenéis por sábios, no solamente discrepan unos de otros, sino hasta de sí mismos? Por no haber querido aprender de sus mayores, pensando que con la sola industria de su razón podrían adquirir un conocimiento claro de las cosas celestiales, cuando ni aún de las terrenas lo han podido conseguir.

No es de admirar que experimentemos esta ignorancia respecto á las cosas espirituales, celestiales y demás que se nos han revelado; cuando vemos que de aquellas que tenemos entre manos (digo de las naturales que nos rodean, que siempre vemos y tocamos) muchas son las que no conocemos, dejándolas en los se-

*committimus: oportet enim eum præ omnibus præcellere.* S. Irenæus, contr. Hæres. Lib. 2, cap. 2.

*Quæ fide traduntur, cognitionem habent non curiosæ perscrutandam.* S. Athanas. Epist. 4 ad Serap.

*Curiosæ scrutanda non est recte religionis ratio, nec investigatione, sed sola fide agnoscenda est, et adoranda. Siquidem Deus, si comprehendatur, non est Deus.* Idem ad Antoch. quæst. 1.

*Nos autem affirmamus à natura humana nullo modo quæri, aut inveniri posse, nisi adjuvetur ab eo quem querit... quantum Deus ab homine cognosci, quantum humana anima adhuc corpori alligata Deum cognoscere potest.* Origen. cont. Cels. lib. 7.

*Cæli mysterium doceat me Deus ipse qui condidit, non homo qui seipsum ignoraverit. Cui magis de Deo quam Deo credam?* S. Ambros. Epist. 19 ad Valentin.

*De Deo loquitur: quid mirum si non comprehendis? Si enim comprehendis non est Deus. Sit pia confessio ignorantie, magis quam temeraria professio scientiæ.* S. August. Serm. 62.

*Ut notitiam certam de his, quæ ad Deum spectant, haberent homines, necesse fuit divina illis transmittere doctrina fidei, quasi à Deo dicta, qui*

cretos de Dios: persuadidos de él debe saber más que todos.

Lo que se nos ha revelado, no se ha de excudriñar con la pretension de conocerlo perfectamente.

No debemos excudriñar ni investigar por vana curiosidad el fundamento de la verdadera religion, sino reconocerlo y adorarlo con la fé: persuadidos de que Dios no sería Dios, si estuviese al alcance de nuestro conocimiento.

Tenemos por cierto que la razón humana es impotente para buscar ni descubrir (á no ser con el auxilio de aquel á quien busca)... hasta qué punto Dios puede ser conocido del hombre, hasta qué grado el alma humana unida al cuerpo puede conocer á Dios.

Del mismo Dios que hizo el cielo debo aprender las cosas del cielo, no del hombre, que ni aún á sí mismo se conoce. ¿A quién puedo creer mejor que á Dios por lo que se refiere á él?

Cuando se habla de Dios ¿qué mucho que no llegues á conocerle? Si pudieras llegar á comprenderle, ya no sería Dios. Contentate con una santa ignorancia más que con un alarde de ciencia temeraria.

A fin de que los hombres supieran con certeza todo cuanto dice relación á Dios, fué preciso intimarles las verdades divinas por medio de la fé, y como dichas por

*mentiri non potest.* S. Thom. el mismo Dios, que no puede mentir ni engañarse.

## FILÓSOFOS ANTIGUOS.

*Hanc igitur naturam partem de genuino erga Deum cultu, vere principem, primariamque esse affirmamus; et eam quidem ejusmodi esse, ut si quis eam opportune docuerit, possit quoque optime et felicissime ab hominibus perdisci. At profecto nemo illam perfecte docuerit, nisi Deus viam commonstraverit, et quasi dux ad disciplinam præerit.*—Plato, in Epimenide.

*Rogas me, quid aut qua levis Deus? Auctore utar Simonide, de quo cum quesivisset hoc idem tyrannus Hiero, dubitandi causa sibi unum diem postulavit. Cum idem ex eo postredie quaereret, biduum petiit; cum scipius duplicaret numerum dierum, admiransque Hiero requireret cur ita faceret: quia quanto, inquit, diutius considero, tanto mihi res videtur obscurior.*—Cicero de natur. Deor. lib. 22.

*Non possumus loqui recte de numine divino, nisi simul illustrati lumine ejus. Nam numen divinum est fons luminis, sicut et bonitatis.* Jamblic. Myster. cap. 48.

*Ut mera essentia, vel potius ut Deus quam homo habendus est, qui naturam divinam nosceret.* Julian. Epis. ad Themist.

Decimos pues, que esta parte de la filosofía, que trata del verdadero culto hácia Dios, es la primera y principal; y de tanta importancia, que puede ser oído y consultado con mucho interés por todos los hombres cualquiera que la enseñe debidamente. Mas en verdad, nadie es capaz de enseñarla perfectamente, á no ser que Dios le revele el camino, y como maestro le sirva de guía.

Me preguntas ¿qué es, ó quién es Dios? Te contestaré como Simonides, quien consultado sobre lo mismo por el tirano Hieron, pidió un día, como para vencer su incertidumbre. Haciéndole al día siguiente la misma pregunta, pidió dos días más de tiempo; y exigiéndole cada vez doble tiempo, admirado el príncipe, le preguntó qué significaba su conducta: á lo que contestó el filósofo: *cuanto más medito, tanto más oscura se me presenta esta cuestion.*

No nos es dable hablar rectamente de Dios, si él no nos ilumina con su luz, por cuanto Dios es la misma fuente de la luz, como lo es de bondad.

El que conociese la naturaleza de Dios, sería un sér admirable, sería Dios más bien que hombre.

## FILÓSOFOS MODERNOS.

Suplicamos siempre al Señor, no permita que los nuevos conocimientos humanos que adquirimos á costa de tantos trabajos, perjudiquen á las verdades divinas, y que allanando el camino á los sentidos y aumentando la claridad de la antorcha de nuestra razon, no nos precipitemos á sembrar dudas ni incertidumbres sobre los misterios divinos; sinó al contrario, que nuestra razon, acabando de ser el juguete de la ilusion y continuando íntimamente unida y sumisa á los divinos oráculos, pueda prestar á la fé la perfecta obediencia y homenaje que le son debidos (*Súplica* de Bacon).

Una verdad jamás puede ser contraria á otra: sería pues una especie de impiedad el sospechar que las verdades descubiertas en la filosofía humana hubiesen de ser contrarias á las de la fé. (Descartes, *Meditaciones*).

El último esfuerzo de la razon es conocer que hay muchas cosas que le son inasquibles: sinó llega hasta aquí, es una razon muy débil. A su tiempo debe saber dudar, afirmar y someterse. El que no lo hace así, no conoce ni poco ni mucho la fuerza de la razon. (Pascal, *Pensam.* V. 1, 2.).

Todas las profecías se han cumplido en nuestro Señor. Una concordancia tan prodigiosa no puede ser obra del acaso... Yo miro como un rasgo admirable de la Providencia divina el que la religion cristiana, cuya moral es tan santa, haya sido presentada á nuestros ojos con tantos y tan admirables caracteres (Leibnitz, *Pensam.*)

¿Qué desgraciados seríamos, si Dios nos hubiese abandonado á nosotros mismos por lo que toca á las cosas celestiales y de nuestro eterno destino! Para estas importantes verdades teníamos una necesidad absoluta de la revelacion, de la cual debemos aprovecharnos con tanta solicitud como respeto; y cuando esta revelacion presenta verdades al parecer inconcebibles, acordémonos de la flaqueza de nuestra razon, que tan fácilmente se extravia aún en las cosas visibles y más triviales. (Eulero. *Carta á una princesa alemana*).

La razon humana ni aún puede conocer perfectamente la ley natural sin el auxilio de la revelacion: los errores en que ha caído siempre, prueban la necesidad de la revelacion: la filosofía, lejos de haberlos corregido, los aumentaba en una proporcion asombrosa. (Goussel, *Theolog. dogm.* tom. 4).

## INCRÉDULOS.

La religion no destruye la razon, sinó que la depura y ennoblece; no destruye á los hombres, sinó que los convierte en santos. (Voltaire.)

La moral del Evangelio es tan pura, tan santa, tan universal, tan clara y tan antigua, que solo pudo salir de Dios, como la luz que fué su obra primera... Ningun moralista, ningun filósofo, ningun legislador ha dicho ni podido decir cosa alguna superior á la misma... La felicidad de los hombres está vinculada á todas y cada una de las máximas del Evangelio. (El mismo.)

La ciencia del filósofo consiste principalmente en descubrir el punto en que entran los misterios, y en su prudencia por respetarlos. Por cualquier parte que uno se vuelva, siempre encuentra dos cosas, la propia ignorancia y el poder inmenso del Criador, para el cual nada hay imposible. (El mismo.)

Este grande hombre (Newton) no se limitaba á la religion natural; estaba tan persuadido de la revelacion, que de todos los libros que poseia y estudiaba, el que leia con más frecuencia y atencion era la Biblia. (Fontenelle.)

Creo firmemente todos los hechos y todos los dogmas que la religion propone: estoy persuadido de que es divina; que sus libros son inspirados, y merecen el respeto y sumision de todo entendimiento humano; y que solo los libertinos é ignorantes pueden negar ó poner en duda la linea y la sílaba más insignificante de estos libros sagrados. (Shaftsbury.)

Si se quieren pesar las fuerzas y razones de los filósofos, se observa que todas ellas tienden á destruir: si se cuentan las opiniones, cada uno tiene la suya; y discordes en todo, solo convienen en disputar. (J. J. Rousseau, *Emil*.)

Tengo por revelada toda doctrina en la que descubro el espíritu de Dios: reconozco este espíritu en el Evangelio, atendida su autenticidad y la sublimidad de la doctrina que en él encuentro. Para mí, la principal pieza del proceso que decide la cuestion es el Evangelio, que tengo en mis manos. Prescindiendo de como ha llegado, y de quien quiera que sea su escritor, yo reconozco en él el espíritu de Dios. (El mismo.)

Algunos pretendidos espíritus fuertes dicen que el cristianismo contradice y humilla á la razon: no deja de ser un insulto á la experiencia y á la misma razon el mirar como humillante un yugo que

sostiene á esta razon siempre vacilante, siempre inquieta cuando está abandonada á sí misma. (D' Alembert, *Carta al emperador de Rusia*.)

Véase: RELIGION (LA) *debe ser revelada*.

## RICO AVARIENTO.

*Crucior in hac flamma.*  
Me abraso en estas llamas.  
(Luc. xvi, 24.)

¿Cuáles son, amados oyentes, los terribles delitos que sepultaron á este infeliz en aquel abismo de tormentos y que avivan el fuego vengador que le consume? ¿Fué acaso profanador de su propio cuerpo? ¿Bañó sus manos en la sangre inocente? ¿Hizo de la viuda y el huérfano presa de sus injusticias? ¿O fué un hombre sin fé, sin rectitud, sin conciencia, ó un monstruo de iniquidad?

Oidlo, los que estais persuadidos á que una vida sosegada y pacífica, en la que nada se concede á las pasiones extremadas, pero que tampoco se niega cosa alguna al amor propio, es una vida cristiana, y que todo el Evangelio consiste en no obrar mal; este réprobo, que hoy sale del abismo para instruirnos, era rico, dice Jesucristo; que se vestia de púrpura y de lino finísimo, y comia con esplendidez; pero no atendia, como era razon que atendiese, á las necesidades de Lázaro, que perecia de hambre á las puertas de su casa. Estos son todos sus delitos. Seria cosa inútil el buscar otros en la disolucion de sus costumbres, pues no se le reprende de más. Habia adquirido grandes riquezas y disfrutaba sus comodidades. Abrahan no expone otro motivo de su condenacion; y seria temeridad en nosotros el atribuirle desórdenes que no refiere su historia, y de los que parece le dá por libre Jesucristo con su silencio; y tambien nos opondríamos en esto al intento del Salvador, trastornando el sentido y espíritu de esta historia, y destruyendo todo el fruto que el mismo Señor intenta sacar de ella.

Y á la verdad, ¿qué necesidad habia de que Jesucristo nos abriera

el abismo para que viésemos los tormentos de un lascivo, de un sarcellego, ó de un público pecador? Bien sabido es que los fornicarios, los impíos y los ladrones no han de tener parte en su reino; toda la Escritura es una continua predicción de las desgracias que les están preparadas; y si hoy abre á nuestra vista el seno del infierno, es para manifestarnos un réprobo que no esperábamos, y cuyo mayor pecado fué el no tener virtudes; para enseñarnos que la vida mundana por sí sola, sin pasar más adelante, y sin caer en mayores excesos, es una vida criminal en su presencia, y digna del infierno y de sus llamas.

Este es el espíritu y el fin de la historia que nos refiere hoy Jesucristo, y á esta verdad, acaso la más importante que puede tratarse en la moral cristiana, quiero reducir con piadosas reflexiones toda la série de nuestro Evangelio. En la pintura que nos hace Jesucristo del Rico avariento vereis el retrato de una vida ociosa y mundana, que no está acompañada de vicios ni virtudes; en la historia de su suplício vereis su condenacion y deplorable suerte; y esto es, vereis explicada y condenada la inocencia del mundo. Este es todo el asunto de este discurso. Imploremos. A. M.

4. Poco importa para nuestra instruccion el averiguar si Jesucristo quiso referirnos aquí una historia verdadera, acaecida en Jerusalem, ó si, segun su costumbre, quiso solamente ocultar con parábolas la verdad de su doctrina: que la condenacion del desgraciado Rico del Evangelio sea un hecho verdadero, ó figurado, no es ménos cierta la verdad que con el se intenta probar, ni son ménos legítimos los motivos de nuestro temor. Habia, pues, en Jerusalem, dice Jesucristo, un Hombre rico: *Homo quidam erat dives*. Este parece que era su primer delicto. Nació feliz: *Erat dives*. Nada añade Jesucristo á esta circunstancia que la haga odiosa: no nos dice que siendo de bajo nacimiento, descendiente de alguna familia oscura, y habiendo salido de alguna de las más pequeñas ciudades de Judá, viniese á Jerusalem pobre y necesitado de todo, y que con los más bajos ministerios, con los más viles tráfficos, por los más ignorados y siempre sospechosos caminos, llegase á aquella abundancia y prosperidad con que despues se dejó ver en el mundo, ni que gozase con insolencia de unos bienes que hubiese adquirido indignamente. El silencio de Jesucristo le justifica en todos estos puntos. *Erat dives*. Gozaba tranquilamente del patrimonio de sus padres, libre de ambicion, exento de cuidados, lleno de placeres y tranquilidad en su casa. ¿Hay entre vosotros alguno que posea sus riquezas con más inocentes circunstancias? No

obstante, ved el primer grado de su reprobacion: era rico, *erat dives*.

En segundo lugar, se vestia de púrpura y lino finísimo: *Induebatur purpura, et bysso*. Es verdad que la púrpura era una tela preciosa, pero no dice el Evangelio que en esto excediese los límites que las costumbres de aquel tiempo señalaban á su clase y nacimiento: no nos dice que, no alcanzando sus bienes á sus profusiones, perjudicase con su vanidad y gastos excesivos al mercader y al oficial. A este rico desgraciado no se le reprende de que tuviese fines pecaminosos en el cuidado de su adorno, ni de que le faltase aquella rectitud de intencion que tanto alegan las mujeres del mundo para justificar la indecencia y artificio de sus adornos: en una palabra, este rico vestia soberbiamente, gustaba del esplendor y de la magnificencia; en la Sinagoga, donde el culto aún era sensible y material, donde se juzgaba que solamente la magnificencia del templo y el aparato de los sacrificios honraban al Señor, donde toda la majestad consistia en el exterior esplendor de las ceremonias, donde aún el mismo Dios solamente se manifestaba bajo de símbolos de grandeza y de gloria, parece que era más digno de perdón este exceso, que en el Evangelio, donde Jesucristo pobre y abatido, á un mismo tiempo ha impuesto obligacion, y dá ejemplo de modestia y sencillez á todos los fieles.

En tercer lugar, comia espléndidamente: *Epulabatur quotidie splendide*. Pero la ley de Moisés solamente prohibia los excesos, y no mandaba aquel riguroso cuidado con los sentidos que nos ha impuesto despues la ley del Evangelio. Entre las promesas hechas á los hijos de Abraham se contenian leche y miel, y así parece que tenian algun derecho á gozar de una abundancia que se les proponia como recompensa de su fidelidad. Por otra parte, se le acusa de que comia espléndidamente, pero no se le arguye de que usase de las comidas prohibidas por la ley, ni de que faltase á la observancia de los ayunos ni de las abstinencias que en ella se mandaban. No se valia del pretexto de su nacimiento, de sus riquezas y de su regalo para excusarse de aquellas rigurosas leyes. Es verdad que todos los dias comia con abundancia, *quotidie*; pero sus rentas alcanzaban á mantener aquellos gastos. No solo era abundante la comida, sinó tambien suntuosa, *splendide*: pero no dice el Evangelio que en su mesa hubiese excesos ni desórdenes.

Ahora bien, amados oyentes; ¿os parece demasiado culpable como os le acabo de pintar, que es como en realidad era? No añadais cosa alguna á lo que dice el Evangelio: era rico, vestia magníficamente y comia con regalo. ¿Qué excesos hallais en esto? Si yo he de juzgar

por vuestras costumbres y por vuestras máximas, no solamente no le hallo tan culpable, sino que me parece virtuoso; y según la depravación que hoy se vé en el mundo, si yo hubiera de hablar como un sábio munlano, os le propondría como modelo á quien debierais seguir. ¿Qué es lo que continuamente decís de los que se parecen á él? Fulano vive con honor, come sus rentas con estimación, su mesa es abundante y bien servida; en lo demás es hombre de bien, amigo fiel, y tiene aquella rectitud de costumbres en que consiste la verdadera religion y la sólida virtud.

Pero me opondréis la dureza que usó con Lázaro, y direis que á lo ménos en esto no os parecéis á él. Veámos cuál es en este asunto el delito de nuestro Rico avariento, y acaso os hallareis más culpados que él. *Habia*, continúa Jesucristo, *un pobre llamado Lázaro, cubierto de llagas, echado á la puerta de este rico, que se contentaría con coger las migas que caían de su mesa; pero nadie quería dárseles*. Confieso que en este modo de proceder habia un género de crueldad que se opone á todos los sentimientos de humanidad. Pero atendid á todas las circunstancias, y vereis que no tanto quiso Jesucristo representarnos á este rico como á un monstruo de inhumanidad, cuanto como un hombre perezoso, entregado á sus placeres, y sin atender á las miserias de Lázaro; vereis que al hacer mención de este pobre en la historia, no es más que como un incidente, y que el asunto principal de ella es la vida regalada y sensual del rico. Primeramente: Lázaro era un público mendigo, *mendicus*; pero, por lo comun, no se hace tanto caso de estos públicos mendigos, porque tienen á toda la ciudad por festigo y recurso en su miseria. Nuestro rico podía valerse para con Lázaro de los mismos pretextos de que os valeis vosotros todos los días para despreciar á los pobres vagos. En segundo lugar: es verdad que Lázaro, cubierto de llagas, estaba sentado á la puerta de este rico. Sin duda que un objeto tan digno de compasión debiera haberle enternecido; pero á lo ménos alguna estimación merece el que le permitiese estarse á la puerta de su casa. Acaso vosotros os hubierais dado mucha priesa á socorrerle con una limosna, pero más hubiera sido por apartar de vuestra vista un objeto tan fastidioso, que por socorrer á un miembro de Jesucristo. Finalmente; no quiso darle ni aún las migas que caían de su mesa, pero tampoco se nos dice que Lázaro las pidiese; solamente refiere el Evangelio que las desecha. No se acusa á nuestro rico de habérselas negado, sino solamente se dice que no habia quien se las diese. Puede ser que hubiese mandado con tibieza á unos criados infieles que socorriesen á este mendigo, porque á esto vemos reduci-

da todos los días la piedad de sus semejantes: en una palabra, no nos le representa el Evangelio tan culpable de dureza, como de indiferencia y falta de atención.

2. Por eso cuando Abraham, desde lo alto de la celestial morada, le manifiesta el motivo de su condenación, no le dice, como dirá Jesucristo algun día á los réprobos: Lázaro estaba desnudo, no le vestiste; tonia hambre, y no le alimentaste; estaba enfermo, y no le consolaste; sino que solamente le dice: Hijo mio, acordáde de que en tu vida gozaste de muchos bienes: *Fili, recordare quia recipisti bona in vita tua*. Acordáde de que no tuviste que padecer en la tierra, y no se consiguen de este modo los premios prometidos á mi posteridad. Tus padres siempre anduvieron vagos, fugitivos y peregrinos en la tierra, nada poseyeron en ella, y ahora gozan en mi seno de la herencia prometida, por la que tanto habian suspirado; tú buscaste tu consuelo en la tierra, y así no perteneces al pueblo de Dios, no eres hijo de las promesas, no te alcanza la bendición que á mí se me concedió, y tu destino es con los infieles; del lugar de tu peregrinación hiciste el lugar de tus delicias; aquella injusta felicidad no podia durar; aqui todo muda de semblante, aqui se enjugan las lágrimas de Lázaro y recibe el consuelo de sus aflicciones; pero tus risas y alegrías se mudan en llanto y crujido de dientes, y tus deleites instantáneos en tormentos que nunca se acabarán.

¿Os admirais de esto, amados oyentes? ¿Acaso ignorais que entre los cristianos es delito el no tener virtudes? ¿Os parece que el inferno solamente está destinado para los adúlteros, para los fornicarios, para los injustos? ¡Ah! si un discípulo de Moisés, viviendo bajo su ley, aún imperfecta y carnal, la que no pedía tan sublimes virtudes, en la que el despego del mundo no era tan riguroso, ni tan severo el uso de los sentidos, se halla reprobado por haber vivido una vida regalada, deliciosa, sin vicios ni virtudes; un miembro de Jesucristo crucificado, un hijo de la nueva ley, un discípulo del Evangelio, en el que son tan perfectas las virtudes que se mandan, tan continua la mortificación, tan prohibidos los deleites, tan necesarios los trabajos, en el que el uso de los sentidos está rodeado de tantos preceptos, y de tan rigurosos consejos, en el que la cruz es el sello de los que están predestinados; ¿os parece que será tratado más favorablemente, si nada niega á los sentidos, y si solamente se abstiene, como este rico, de los excesos enormes y de los deleites injustos y vergonzosos?

El ser cristiano no consiste solo en evitar los desórdenes, sino en practicar, además, las virtudes evangélicas; las costumbres irreprochables á la vista de los hombres no constituyen al cristiano, sino el

espíritu de Jesucristo crucificado; tampoco le constituyen las cualidades que admira el mundo, el honor, la probidad, la pueria fé, la generosidad, la rectitud, la moderación, la humanidad; sino una fé viva, una conciencia pura y una caridad no fingida. El árbol que no lleva más que hojas, es herido de maldición, como árbol muerto y sin raíces; y el Evangelio condena á las mismas eternas tinieblas y á los mismos suplicios al siervo infiel y al inútil. Y así, despues de haberos manifestado en las costumbres de nuestro Rico réprobo la imagen de una vida sensual y mundana, aunque exenta de culpas y desórdenes, es necesario enseñaros en su castigo cuál es su destino y su fin.

2. *Sucedid, pues, prosigue Jesucristo, que murió este pobre, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham; murió también el rico, y fué sepultado en el infierno.* ¡Oh cristianos, qué nuevo orden de destinos! Lázaro muere el primero, porque el Señor se dá prisa á visitar á sus escogidos y abreviar sus dias con sus trabajos; el rico le sobrevive, porque el Señor se porta muy al contrario con los pecadores, abriéndoles lentamente las puertas de la muerte, para esperarlos más tiempo á que hagan penitencia; pero, finalmente, muere el rico, porque aunque las grandes riquezas nos aficionan á la vida, no nos hacen inmortales: es sepultado, circunstancia que no se nota en la muerte de Lázaro: sin duda que tributaron á su memoria los honores fúnebres, y que la pompa y vanidad se manifestarian hasta en su sepulcro: enalzarian con soberbios monumentos su nada y sus cenizas; pero su alma desamparada y precipitada con el peso de sus iniquidades ha penetrado ya hasta lo profundo del eterno abismo. Lázaro muere, su cuerpo abandonado apenas halla un breve espacio de tierra que le sirva de sepulcro; en su muerte no recibe honor alguno de los hombres, pero su alma gloriosa es llevada en triunfo por los espíritus celestiales al seno de Abraham. Muere el rico, y todo Jerusalem habla de su muerte, alaban sus virtudes, ponderan su magnificencia, sus amigos le lloran; sus parientes, para consolarse en su pérdida, procuran eternizar su memoria con títulos é inscripciones. ¡Oh inútiles cuidados de los hombres! ya ni aun su nombre sabemos, y solamente le conocemos por sus desgracias, solamente sabemos que era rico y que fué réprobo. Lázaro muere, y aún en Jerusalem se ignora si ha vivido; su muerte es oscura como su vida; el mundo, que no le habia conocido, no tiene trabajo en olvidarlo; pero su nombre escrito en el libro de la vida ha merecido también ser conservado en nuestros santos libros: muere el rico y es sepultado en el infierno. Examinemos todas las circunstancias del castigo que padece este infeliz en el lugar de los tormentos.

Primeramente, apenas llegó al lugar de su suplicio, dice Jesucristo, cuando levantó los ojos, y vió á Abraham, y á Lázaro, que descansaba en su seno: *elevans oculos*. Desde luego empieza levantando los ojos; ¡qué sobresalto! es decir, que en toda su vida no los habia abierto ni una sola vez para ver el peligro de su estado; nunca se le habia ocurrido el dudar si el camino por donde iba, tan seguro en la apariencia, y tan aprobado en el mundo, podia guiarle á la perdición. Los pecadores declarados, las almas entregadas enteramente á la culpa, bien conocen que su vida es vida de reprobacion, y solamente se sosiegan con la esperanza de salir de ella algun dia y vivir mejor; pero las almas entregadas al ocio, al regalo y á los deleites, que se abstienen de los excesos y desórdenes, mueren regularmente sin haber sabido que han vivido delincuentes. El Rico reprobado ve desde léjos á Lázaro en el seno de Abraham, revestido de gloria y de inmortalidad, primera circunstancia de su suplicio. Aquel mendigo cubierto de lagas, á quien en otro tiempo no se habia dignado de mirar, está en el seno de la paz y del refrigerio, al mismo tiempo que él se está consumiendo en las llamas. ¡Oh qué paralelo este! ¡Qué deseos de haberos parecido á él! Más le atormenta la imagen que tiene siempre presente de la felicidad de que está privado, que el horror de las penas que padece. Acaso vosotros que me estais oyendo, levantareis los ojos desde lo profundo de aquel abismo, como el réprobo de nuestro Evangelio, y por toda la eternidad estareis viendo en el seno de Abraham aquel padre sábio y piadoso, cuya piedad y fe os habian siempre parecido una simplicidad de entendimiento y una flaqueza de la edad; os acordareis de las últimas instrucciones con que procuró corregir vuestras perversas inclinaciones cuando ya estaba para morir; os acordareis de las señales de amor que os dió, de las súplicas que os hacia en aquella última hora para que vivieseis bien.

Segunda circunstancia de su suplicio: Hijo mio, le dice Abraham, acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida. ¡Y qué multitud de pensamientos infaustos no despertaria Abraham en su alma con esta memoria! El desprecio que hizo del privilegio de descender de un pueblo santo y de una raiz bendita, el haber inutilizado para sí las promesas hechas á la posteridad de Abraham, el ser infructuosos para su salvacion, el templo, el altar, los sacrificios, la ley, las instrucciones de los profetas y los ejemplos de los justos de la Sinagoga; el ver que empleó en regalar á un cuerpo destinado á arder eternamente, los bienes temporales de que se hubiera podido servir para comprar una corona inmortal. Y así el alma reprobada oirá conti-

nuamente por toda la eternidad en medio de sus tormentos aquella amarga voz: *acuérdate de los bienes que recibiste durante tu vida*, acuérdate de aquellos dias que pasaste en la abundancia, de aquella multitud de esclavos, que solo atendian á adivinarte tus deseos, de las públicas distinciones que tanto te lisonjearon, de aquellos sobresalientes talentos que te granjearon el aplauso y admiracion de los pueblos: *recordare*, acuérdate. ¡Qué suplicio será para aquella alma el paralelo de lo que fué con lo que entónces será! Cuanto más agradable sea la imágen de su pasada felicidad, más molesta será entónces la amargura de su condicion.

Aún más; entónces se le harán presentes todos los bienes de la gracia de que abusó. *Recordare quia receperisti bona*. Acuérdate de que eres hijo de los santos, de que naciste en medio de un pueblo fiel, recibiste todos los socorros de una educacion cristiana, te doté de un alma buena, de un corazon defendido con mil inclinaciones buenas, casi todos los instantes de tu vida fueron señalados ó por alguna secreta inspiracion, ó por algun público suceso que te llamaba á los caminos de la salvacion. Acuérdate tambien de todas las gracias de que has abusado con tanta ingratitude y de lo fácil que te hubiera sido el evitar la desgracia en que has venido á caer. Entónces el alma reprobada, repasando todas las facilidades para la salvacion que Dios la habia proporcionado, se enfurece contra sí misma: cuanto más conoce su ceguedad, más la exaspera y consume su desgracia; más crece y se aumenta su furor; y la ocupacion ménos molesta en su desesperacion es aborrecerse eternamente á sí misma. ¡Oh Dios! que justo sois en el modo de castigar al pecador, pues le haceis á él mismo el más terrible instrumento de su suplicio!

Tambien es desgraciado por las penas que al presente experimenta: *Crucior in hac flamma*. Padezco crueles tormentos en este fuego. Tercera circunstancia de su suplicio, la proporcion de sus tormentos con sus culpas. Unas llamas eternas abrasan su deshonesto lengua; una sed ardiente le consume; pide una gota de agua, no para apagar, sino para mitigar aquel fuego vengador en que se abrasa, y no se le concede. En lugar de la púrpura y finísimo lino con que en otro tiempo cubria su cuerpo, está hoy rodeado de un vestido de fuego; en una palabra, hoy son sus tormentos á proporcion de lo que fueron sus placeres. Nosotros no sabemos lo que padece, ni yo tampoco pretendo explicároslo, ni desfigurar con pinturas vulgares una imágen tan terrible; pero sabemos que há más de dos mil años que está gritando en medio de las llamas: Padezco extremos tormentos en estas llamas. Sabemos que un secreto y cruel gusano, colocado

por la mano de Dios en medio de su corazon, le estará despedazando por todos los siglos. Sabemos que sus lágrimas nunca apagarán las llamas que le han de consumir, y que no pudiendo él mismo consumirse, la rabia suplirá á este fatal deseo. Sabemos que cansado de blasfemar en vano contra el autor de su sér, será su lengua pasto de su propio furor; y que su cuerpo humeando como un negro tizon, será, dice el Profeta, juguete de los espiritus inmundos, á los que habia servido de asilo en la tierra. Finalmente, sabemos que en el ardor de su pena maldecirá eternamente el dia en que nació, y el vientre en que estuvo; que llamará á la muerte, y que ésta no parecerá; que el más suave consuelo de sus penas será el deseo de una eterna aniquilacion; lo sabemos, y estas son las expresiones con que se explican los libros santos.

Finalmente, la última circunstancia de sus penas es el desórden de sus hermanos que aún vivian, y á los que el ejemplo de su vida descansada y sensual les habia parecido un modelo digno de seguirse, y por consiguiente les era motivo de ruina y de escándalo: *Padre Abraham*, exclama: *á lo menos enviad á Lázaro á la casa de mi padre, para que avise á los cinco hermanos que he dejado en ella, y no vengan ellos tambien á este lugar de tormentos, porque si no resucita alguno de los muertos, no los han de creer*. Padece por los pecados ajenos; todas las culpas en que aún caen sus hermanos aumentan el furor de sus llamas, porque son efectos de sus escándalos, y pide su conversion como alivio de sus penas. ¡Ah! hermanos míos! ¡cuántas almas reprobadas habrá en el infierno, con las que en otro tiempo habeis vivido y que son atormentadas por las culpas que aún estais vosotros cometiendo! Acaso aquella infeliz persona, que fué la primera que corrompió vuestra inocencia, clama actualmente en el lugar de su suplicio y hace instancias á su juez para que se la permita venir á manifestaros aquel horrible espectáculo, que en otro tiempo encendió en vuestra alma, todavía inocente, deseos impuros, de los que se ha seguido la libertad de vuestras costumbres. Pero ¿qué respuesta se dá desde el seno de Abraham á todas las almas reprobadas? Allí teneis á Moisés y á los profetas, y además los preceptos de Jesucristo, y si no os enmendais con las verdades de las Escrituras, seria inútil el que resucitasen los muertos para convertirlos y aún os dejaria incrédulos este espectáculo. ¿Os parece que un milagro, que un muerto resucitado, que un ángel que viniese á hablaros de parte de Dios, os haria renunciar al mundo y mudar de vida? Siempre estais diciendo esto, pero os engaíais; aún hallaríais razones para dudar; vuestro corrompido corazon todavía hallaria

pretextos para defenderse contra la evidencia de la verdad; los milagros de Jesucristo no corrigieron la hipocresía de los fariseos, ni la incredulidad de los saduceos; con ellos se hacían más inexcusables, pero no más fieles: el mayor milagro de la religion es lo sublime de su doctrina, la santidad de su moral, la magnificencia y divinidad de nuestras Escrituras: si con esto no os moveis, no os ilustrais, no os mudáis, todo lo demás sería inútil.

Leed, pues, los sagrados libros, amados oyentes; empezad el día con esta lección y acabadle con ella, pues éste es el único medio que hoy nos propone Jesucristo para evitar la suerte del réprobo de nuestro Evangelio. ¡ Ah! si meditarais estos libros divinos, no tendríamos necesidad de haceros ver que una vida mundana y sensual, aunque esté exenta de los desórdenes, es una vida culpable y digna del infierno: no tendríamos precisión de enseñaros que el reino de los cielos padece violencia; que el no negarse continuamente á sí mismo, el buscar su consuelo en este mundo, el no usar de él como si no se usase, y el vivir solamente para el cuerpo, es perder el alma y no ser discípulo de Jesucristo. Estas son las verdades más sencillas y más familiares del Evangelio y los primeros fundamentos de la doctrina de la salvacion. Meditad estas santas verdades. Aprended cual es la esperanza y cuales las obligaciones de vuestra vocacion, para que despreciando las cosas perecederas, nunca perdáis de vista los bienes eternos. Amen.

## RIGOR.

*Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam.*

Quien mortifica su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna.

(JOAN. XII, 25.)

Los que regalan su cuerpo en la presente vida, dice Jesucristo en el citado Evangelio, serán severamente castigados en la otra; y al contrario, los que lo tratan con rigor y aspereza, alcanzarán la sal-

vacion y la gloria eternas. En otra ocasion, segun se lee en el Evangelio de S. Lucas, el mismo Jesucristo dijo al pueblo, que los que no hiciesen penitencia incurririan en la eterna condenacion: *Si penitentiam non egeritis, omnes similiter peribitis* (Luc. XII, 5). Muchos creen que para hacer penitencia es necesario romperse las carnes al rigor de los azotes, extenuarse á fuerza de ayunos, negar el sueño á los ojos, el reposo á los miembros, y otros extremos semejantes. No es esto dice San Agustin, lo que Dios exige de nosotros: *Vide, ne tibi supreat, ut temetipsum velis interimere, sic intelligendo, quod debes odisse in hoc mundo animam tuam... Hoc Christus non docuit* (TRACT. LI, IN JOAN). Lo que sí nos dice, es: que la puerta del cielo es estrecha, y que debemos hacer grandes esfuerzos para entrar por ella. Esto supuesto, vamos á examinar hasta que punto debemos ser rigurosos con nosotros mismos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dos son las partes de que se compone el hombre, la carne y el espíritu, tan bien dispuestas y coordinadas entre sí, que si los sentidos hubiesen permanecido sujetos al dominio de la razon, y ésta no se hubiese rebelado contra la voluntad de Dios, hubiéramos sido eternamente inocentes y dichosos. Mas, habiendo faltado Adán á la obediencia debida al Altísimo, oscurecióse su entendimiento con las tinieblas de la ignorancia, corrompióse con la malicia su voluntad, sus sentidos se rebelaron contra la razon, quedando así el hombre, tanto con respecto al alma como con relacion al cuerpo, en el mayor desórden, y viniendo á ser tan opuesto y resistente al bien como propenso é inclinado al mal. Dios mismo lo dijo á Noé: *Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua* (GEN. VIII, 21).

Nuestros sentidos y nuestras pasiones, desde que se contaminaron con el pecado, son una especie de toros bravos ó de potros indomitos que corren desordenadamente al precipicio, si no hay quien les refrene y mantenga en el buen camino. De donde se infiere que para salvarnos, es absolutamente necesario que mortifiquemos nuestra carne y nuestros apetitos. Esto quiso significarnos Jesucristo cuando dijo, que los que en este mundo regalan su cuerpo serán condenados; y los que le tratan con aspereza, serán recompensados con la gloria eterna: *Qui amat animam suam perdet eam, et qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam* (JOAN. XII, 25).

La experiencia nos manifiesta á cada paso, como los toros, á pesar

de su natural bravura, se acostumbran á llevar mansamente el yugo, rompiendo con perseverantes esfuerzos el duro suelo de los campos, ó arrastrando pesos enormes: y como los más rebeldes potros se acostumbran también á morder el freno y á llevar sobre sus espaldas ó en diversas especies de vehículos las personas y las cosas de sus dueños. Empero, ya habreis observado tambien cuan recalcitrantes se muestran unos y otros ántes de prestarse á tales servicios, y que para vencer su repugnancia hay que valerse de mucho arte y de mucha paciencia, apelando alternativamente y segun los casos, ora á la blandura de las caricias, ora al rigor del látigo ó del aguijon. De estos dos términos de comparacion, es decir, del acto de amansar los toros y de domar los potros, se valió el Espíritu Santo cuando dijo en el Eclesiástico, que el jóven criado con delicadeza corre precipitadamente á su perlicion, á semejanza de un potro no acostumbrado al freno: *Egulus indomitus evadit durus, et filius remissus evadit præceps* (ECL. xxx, 8); y cuando por medio de Jeremias hizo confesar al pueblo hebreo, que Dios le habia humillado con los castigos á la manera que con el yugo se amansa al novillo: *Castigasti me, et eruditus sum, quasi juvenculus indomitus* (JER. xxxi, 18).

2. Persuadidos ya de la necesidad de mortificar no ménos los sentidos del cuerpo que las pasiones del apetito sensitivo, las cuales, á causa de su íntima relacion con el espíritu, suelen llamarse á veces pasiones del alma, veamos de que manera debemos practicar esta mortificacion. Por lo que toca al cuerpo, hermanos míos, tengo la satisfaccion de aseguraros, que podeis fácilmente refrenarlo con solo cumplir fielmente las obligaciones de vuestro estado. Al que trabaja asiduamente en el taller ó en el campo, poco tiempo le queda para solazarse, á más de que, ni los artesanos ni los labradores suelen ganar lo suficiente para darse una vida holgada, como no sean de aquellos bribones que dejan morir de hambre á sus familias para hartarse ellos en las fondas y bodegones. El trabajo, sobre todo si es difícil y penoso, es el mejor medio de refrenar los sentidos, que son las puertas por donde el pecado entra á dar muerte al alma. Este medio fué el que Dios sugirió á S. Antonio abad, cuando le rogó que le librara de las grandes tentaciones que le asaltaban: *Ora, et dum orare non potes, manibus labora, et semper aliquid facito* (SERM. xvii, DE FRAT IN EREMO OLIM TRIBUIT, D. AUGUST, CMC. MED).

Empero, trabajando ó descansando, no dejeis nunca de vigilar vuestros sentidos, porque tanto en los momentos de ocio como en las horas de trabajo, si no estais muy advertidos, será fácil que se propasen los ojos á mirar objetos peligrosos, los oídos á escuchar pala-

bras deshonestas, ó contrarias á la reputacion ajena, y sobre todo, la lengua á murmurar del prójimo, como suelen hacerlo principalmente las mujeres. De manera que, por lo que toca á los sentidos, despues de reprimir la curiosidad de los ojos y de los oídos, vuestro mayor cuidado ha de consistir en poner freno á la lengua; porque, como dice el apóstol Santiago, el que esto consigue, puede llamarse perfecto: *Si quis verbo non offendit, hic perfectus est vir* (JAC. iii, 2).

Notorio es cuanto trabajaba S. Pablo, no solamente para instruir á los gentiles y convertirlos á la verdadera fé, sino tambien para proporcionarse la subsistencia sin gravámen de sus discípulos. Y esto no obstante, todavia procuraba mortificar y castigar su cuerpo, por temor de incurrir en la condenacion eterna: *Castigo corpus meum, et inservitutum redigo, ne forte cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar* (I Cor. ix, 27); porque sentia en su interior el combate de los sentidos contra la razon: *Video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis mee* (ROM. vii, 25). Pues si así obraba el santo apóstol, ¿cuán vanos y presentuosos seriamos nosotros, que no tenemos su sabiduria ni su virtud, si creyéramos que podiamos vivir bien sin mortificar discretamente nuestra carne? Aquellos, empero, á quienes las circunstancias particulares de su estado ó profesion obliguen á apurar el tiempo y las fuerzas en el trabajo, hagan, como suele decirse, de la necesidad virtud, ofreciendo al Señor sus desvelos y sus fatigas en satisfaccion de sus propios pecados, y ordenándolo todo á la perfecta mortificacion de los sentidos, pues de esta manera podrán acumular méritos no inferiores á los de los más austeros penitentes.

Pero hay otra mortificacion mucho más importante para nosotros que la de los sentidos, y es la de las pasiones. Para entender que cosa sean las pasiones, ha de saberse que entre las potencias del alma hay una, que se llama apetito sensitivo, por cuyo medio el alma misma se inclina á buscar el bien que le conviene y á huir del mal que no le conviene segun los sentidos, y á oponerse y resistir á aquello que le impide alcanzar el bien deseado, ó le acarrea el mal temido. Cuando el apetito sensitivo busca el bien ó huye del mal, se dice que obra en virtud de la fuerza ó potencia concupiscible; y cuando resiste á lo que le impide alcanzar el bien, ó tiende á someterlo al mal, entónces se dice que obra á impulsos de la fuerza irascible.

Ahora, pues, cuando la imaginacion propone el bien, real ó aparente, al apetito sensitivo, entónces suscitase en la potencia concupiscible la primera pasion, que se llama amor, la que consiste en

cierto apego ó inclinacion al bien propuesto. Si el bien está aún lejano, nace la pasion del deseo; y si está presente, la del gozo ó alegría. Asimismo, cuando se propone el mal, verdadero ó aparente, al apéto sensitivo, nace en la potencia concupiscible la pasion del odio; si se le propone como lejano, la de la fuga, ó aborrecimiento; y si como presente, la de la tristeza: por manera, que de la facultad que tiene el apéto de propender al bien fácil de alcanzar, y de huir del mal fácil de evitar, se originan las seis expresadas pasiones. Empero, siendo muchas veces difícil obtener el bien y evitar el mal, la naturaleza nos ha dotado de la potencia irascible, que sirve de auxiliar á la concupiscible. De la irascible se originan cinco distintas pasiones: porque si el obstáculo que se opone á la consecucion del bien parece fácil de superar, suscítase la pasion de la esperanza; y si, por el contrario, parece que no hay medio posible de superarlo, nace entónces la desesperacion. De una manera semejante, si las causas inductivas del mal parecen difíciles de contrarrestar, despiértase la pasion de la ira; si fáciles, la de la audacia; y si imposibles, la del temor, del todo opuesta á la precedente.

A este propósito observa Sto. Tomás, que entre las pasiones, tanto de la concupiscible, como de la irascible, hay cuatro principales, que son la alegría y la tristeza, la esperanza y el temor, á las que se reducen todas las otras. Ya añade el angélico Doctor, que respecto al bien presente, el movimiento del apéto comienza por el amor, pasa en seguida al deseo y termina con la esperanza; y por lo que toca al mal, nace primero el ódio, el cual se convierte en aborrecimiento, y últimamente en temor; y cuando el bien está presente, sucede la alegría, así como sucede la tristeza cuando está presente el mal: *De bono presentí est gaudium, de malo presentí est tristitia, de bono futuro est spes, de malo futuro est timor* (1, 2. QU. EST. 25, ART. 4.) Conviene, pues, que nos guardemos particularmente de estas cuatro pasiones, procurando tenerlas constantemente mortificadas, ya que mientras vivimos no nos es posible destruirlas y librarnos totalmente de ellas.

Las pasiones no son pecados, pero incitan fuertemente á cometerlos; pues casi todos traen su origen de esos funestos afectos. De aquí es que si no se las refrena á manera de caballos indómitos, se sobreponen á la razon y conducen al precipicio, y cual vientos impetuosos arrojan al hombre sobre horribendos escollos. Mas, para poder llegar á mortificar las pasiones y refrenarlas, es menester acostumbrarse á la privacion, absteniéndose de cuando en cuando aún de los placeres licitos; pues la experiencia nos demuestra á cada paso, la facilidad con

que se pasa, por ejemplo, de los juegos inocentes á los viciosos, de la conversacion indiferente á la murmuracion, del comer con moderacion á los excesos de la gula, de la simple amistad á la impureza, etc., etc.

Pero lo que más importa para refrenar las pasiones, es descubrir cuál sea la que más nos domina, á fin de dedicarnos especialmente á su mortificacion. Los afectos por los cuales los hombres dan á conocer su carácter, varían segun el temperamento de cada cual. Unos son iracundos, otros flemáticos, unos atrevidos, otros tímidos, estos duros, aquellos blandos y afables. La pasion que en nosotros predomina es la más perjudicial de todas, porque sobre ser la más perniciososa y temible, es, por lo comun, la que nos causa ménos recelo. Patente á los ojos de todos, apenas se hace perceptible á nuestros propios ojos; y aún á veces se nos presenta disfrazada de manera que la tomamos por una virtud, dando el nombre de celo á la ira, de modestia á la puslanimidad, de prudencia á la avaricia, de constancia á la obstinacion, de sinceridad á la impudencia. Por esto dice sabiamente el apóstol Santiago, que todos estamos dominados por el amor propio, por los propios afectos y por la concupiscencia propia: *Unusquisque tentatur á concupiscentia sua, abstractus, et illectus* (JAC. 1, 14.)

Menester es que refrenemos todas nuestras pasiones, pero principalmente la que ejerce en nosotros mayor predominio. Esta debe considerarse como cabeza y jefe de todos nuestros afectos desordenados; por lo que una vez la háyamos vencido, ya casi nada nos quedará que hacer. Si queremos, pues, salir victoriosos, es necesario que dirijamos contra ella todos nuestros esfuerzos, á imitacion del rey de Siria, cuando mandó á sus soldados que asedaran todos sus tiros contra Acab, rey de Israel: *Non pugnabitis contra minorem, et majorem quempiam, nisi contra regem Israel solum* (III REG. XXII. 51). Muerto ó vencido el general, luego se desbarata y dispersa el ejército, como sucedió cuando Judith cortó la cabeza á Holofernes.

Ya sé que os costará mucho trabajo desarraigar cierto amor, sufocar la cólera, perdonar determinadas injurias, privaros de algunos placeres; pero cuando se trata de la salvacion del alma, es menester sufrir con entereza las mayores penas y las más dolorosas agonias: *Agonizare pro anima tua, et usque ad mortem certa p o justitia* (ECC. IV. 55.) Encomendaos á Dios para terminar estos combates con una gloriosa victoria, que es un don gratuito de su infinita bondad: *Deco autem gratas, qui dedit nobis victoriam per Jesum Christum* (I COR. XV. 57.) Pedid la intercesion de los santos y

principalmente la de la gran Madre de Dios. Desead ardientemente supeditar vuestras pasiones, sobre todo la que tiene mayor predominio sobre vosotros. Sea este vuestro mayor deseo, vuestro mayor empeño, el principal objeto de vuestros afanes, así como lo es por parte del infierno el haceros sucumbir á la fuerza de las tentaciones. Encaminad á este fin todas vuestras penas, todas las oraciones, todas las penitencias y obras buenas que practiquéis, y estad seguros de que Dios os concederá la victoria.

Véase : MORTIFICACION, y PRUDENCIA.

## RIQUEZA.

### I.

*Beatus qui post aurum non abiit, nec speravit in pecunia et thesauris.*

Bienaventurado el que no anda tras del oro, ni pone su esperanza en el dinero y en los tesoros.

(EccL. xxxi, 8.)

El desarrollo indefinido de la prosperidad material, enseñado por la ciencia moderna y puesto en práctica por el siglo actual, es una gran realidad, un error grande, y el gran peligro de estos tiempos. ¿Hay remedio á tamaño mal? ¿Hay solución á tales embarazos? No temo decirlo; persistiendo la sociedad bajo el imperio de las ideas que reinan en demasía desgraciadamente, y continuando aquélla secundando ese movimiento del siglo, tal como actualmente existe, no hay remedio humano, y solo queda el remedio cristiano.

Dos soluciones hay del todo distintas entre sí; la una material, moral la otra. La solución material es la que ha de conducirnos al resultado material que se propone la ciencia, y que nosotros nos hemos de proponer también. La solución moral es, sin contradicción alguna, la más profunda y más directamente cristiana; y consiste en

dar á los que no pueden ser ricos una inmensa compensación, para contrabalancear en lo posible esa transformación de la pobreza y de la riqueza.

La solución primera, aunque mucho menos cristiana que la segunda, es útil, sin embargo, y yo no veo en ella nada que se oponga directamente al cristianismo; yo la creo empero muy oportuna para preparar la sociedad á la solución moral. Permittedme hoy que prescinda de la solución moral, é indague con vosotros el modo de realizar la solución material.

Digo, pues, que el siglo no puede presentar solución á la dificultad que él mismo se ha creado, y, en segundo lugar, que el cristianismo encuentra esta solución. Este es el objeto del presente discurso. Antes de entrar en el asunto, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Y desde luego, si aceptamos nosotros el problema de la riqueza, tal como se dá por sentado por la ciencia; y si tomamos ese movimiento contemporáneo, tal como existe, es evidente que no presenta solución humana, por una razón que os parecerá muy sencilla; y es, que en el fondo de este problema lo que hay no es una incógnita, sino un imposible; y en el término de este movimiento lo que hay no es una realidad, sino una quimera, un fantasma. Y en efecto, la incógnita que se busca, el término de ese movimiento, es, en un porvenir más ó ménos alejado de nosotros, la riqueza para todos. Y bien, hermanos míos, sobre esto no hay más que una respuesta; y la tierra desde el fondo de sus entrañas, y la historia desde el fondo de los siglos, y la humanidad desde su conciencia, ellas dicen todas á una voz: ¡Imposible! imposible! imposible!

Pregunto en primer lugar: ¿es que hay efectivamente en este globo que habitamos el poder de aumentar indefinidamente la suma del bienestar; ese poder tan halagüeño como misterioso que tanto encomia la ciencia? No, mil veces no. Preguntad á la tierra; y la tierra os dice: Yo soy un punto en la inmensidad; yo estoy encerrada en límites estrechos; desalto para ante todos los siglos al ingenio y á la ciencia á que saquen de mí seno el poder indefinido de producir, poder que Dios ha reservado en el santuario de lo infinito. ¿Se ha encontrado jamás, hermanos míos, en ninguna época de la historia, un pueblo tan solamente, en el cual se hayan visto sentados á un tiempo mismo y juntos todos los hombres sosegados, felices, contentos, al banquete de la riqueza? No, esos pueblos no existen sino en las novelas y cuentos de hadas; pero jamás existieron ni existirán en